

Se adivina la noche. Todas juntas,
Las gaviotas se aban y regresan
A sus propios rincones.

Padem perfecto de Natura,
madre de todos.

Jorge Guillén

CANTICO COMO EXALTACION DE LA INTELIGENCIA RICARDO GULLON

El crítico, como el lector, a veces cierra el círculo de su lectura regresando al punto de partida. Cuando hace ahora casi cuarenta años José Manuel Blecua y yo preparábamos nuestro librito sobre Jorge Guillén, me daba cuenta de que Blecua tenía razón al leer *Cántico* como exaltación de la vida, como espléndida proclamación de la belleza del mundo y de la armonía de lo natural.

Sí, tenía razón el admirado amigo; tanta y tan clara era la fuerza de la exaltación creadora que el poema se hacía canto, cántico, alegría de ser y de vivir. Gran lección de que algunos hemos vivido, contracorriente a veces, pues como recordé en ocasión anterior, los signos del tiempo no apuntaban a la luz sino a la sombra.

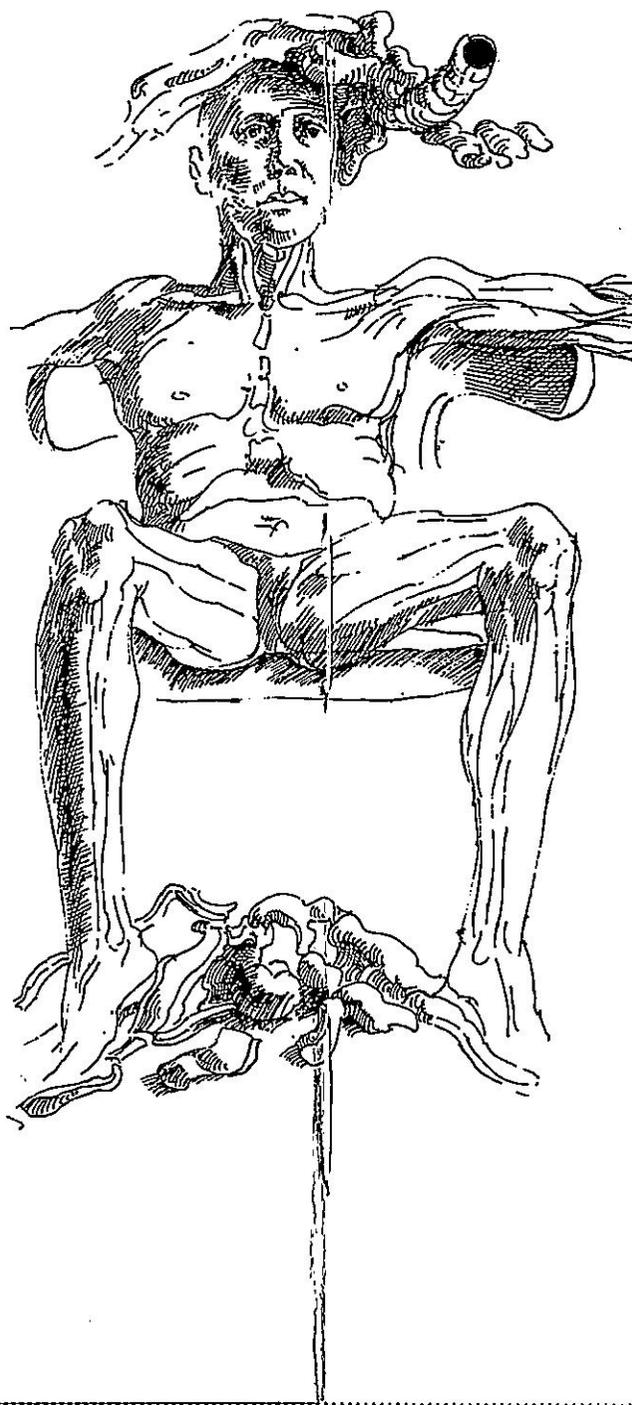
Pero otra lección me parecía entonces no menos evidente y no menos valiosa, aun si menos visible, como en filigrana, bajo la escritura: *Cántico* como exaltación de la inteligencia; de la inteligencia revelada en la creación de sí misma, cualesquiera que fuesen los motivos y los temas en que se manifestaba.

Jorge Guillén había logrado un poema resplandeciente de lucidez, y al hacerlo daba testimonio de que los poderes de la inteligencia en cuanto fuerza determinante de la creación revertían sobre sí mismos en un intenso impulso de concentración e iluminación de lo que constituye la sustancia del ser.

Los ritmos del poema declaraban una realidad, otra realidad: la de la mente que en el movimiento y en las imágenes transmite la intuición profunda del movimiento más puro. Vuela la plenitud («Hacia el sol, en volandas/ la plenitud se escapa»), se alcanza la «cima de la delicia» y el mundo se abre al conocimiento del hombre en un amanecer que no cesa. El despertar se asocia en el verso con la claridad mental que permite ver las cosas según son y sustituir el misterio de las sombras por el acto de reconocimiento, por una toma de conciencia que sitúa al lector en el espacio de las ideas claras.

No por casualidad al comentar o recordar la poesía de Jorge Guillén ciertos sustantivos se imponen: lucidez, claridad, transparencia... Las batallas de la inteligencia por alcanzar el conocimiento son tan dramáticas, aun si menos truculentas, como los enfrentamientos de otro orden. El rigor de la construcción poética guilleniana y su sentido de la forma perfecta son consecuencias naturales de la exigencia de una armonía en que se manifieste el orden de la inteligencia: orden estable, sí, pero sujeto a eventuales discordancias (alteraciones, perturbaciones, cuestionamientos). «Acorde» es, después de todo, una metáfora por la concordia mental, pero —es imperioso recordarlo— el hombre que despierta a la percepción, registra el acorde (los acordes) como un tumulto. Janet Ruth Heller ha visto *Cántico*, muy justificadamente, como «un tumulto de acordes».

Sin contrastar estabilidad y movilidad, sin la constatación de la dual naturaleza de los registros mentales, la imagen de la inteligencia no responderá a su inequívoca dualidad o, más bien, multiplicidad. Una ontología subyace bajo la tersa superficie del poema, que es una creación por virtud de las virtudes encantatorias de la palabra.



¿Magia, pues? Engaño a los ojos, quizá. El juego de palabras (no con las palabras) es el modo de presentar un pensamiento trascendiéndolo, trasmutándolo en imagen. Las palabras, lejos de servir una mera función comunicativa, operan como una fuerza creadora de la experiencia que es el poema. En este sentido me parece evidente que la poesía es emanación de la palabra, y de la palabra «viva», es decir, actuante, operante gracias a su propia y peculiar energía. Deja de ser instrumento para ser impulso y arrastrar el intelecto a incesantes descubrimientos.

Llevado «más allá» por la corriente verbal, el poema propone al lector una lección de jubilosa precisión. Alegría de ver las cosas como son, en su verdadero ser, «raso nivel» que la creación reconoce al inventarlo. Contra lo nebuloso y lo vago, la exigencia de claridad. «La luz del entendimiento», como al gitano de Federico García Lorca, hace ser comedido al hablante de Guillén.

Y al asociarlos se observa que por su misma moderación el cántico es más convincente: la intensidad se refuerza y nada se pierde cuando, además de «las horas», la palabra aparece situada, según advirtió Luis Felipe Vivanco. ¿Y no es eso, precisamente, lo que explica la tendencia a la condensación tan notoria en esta poesía? Condensar implica con-centrar, situarlo todo en relación con un centro, en un orden que siendo cerrado puede, desde dentro y en profundidad y en altura, abrirse a espacios de insólito esplendor.

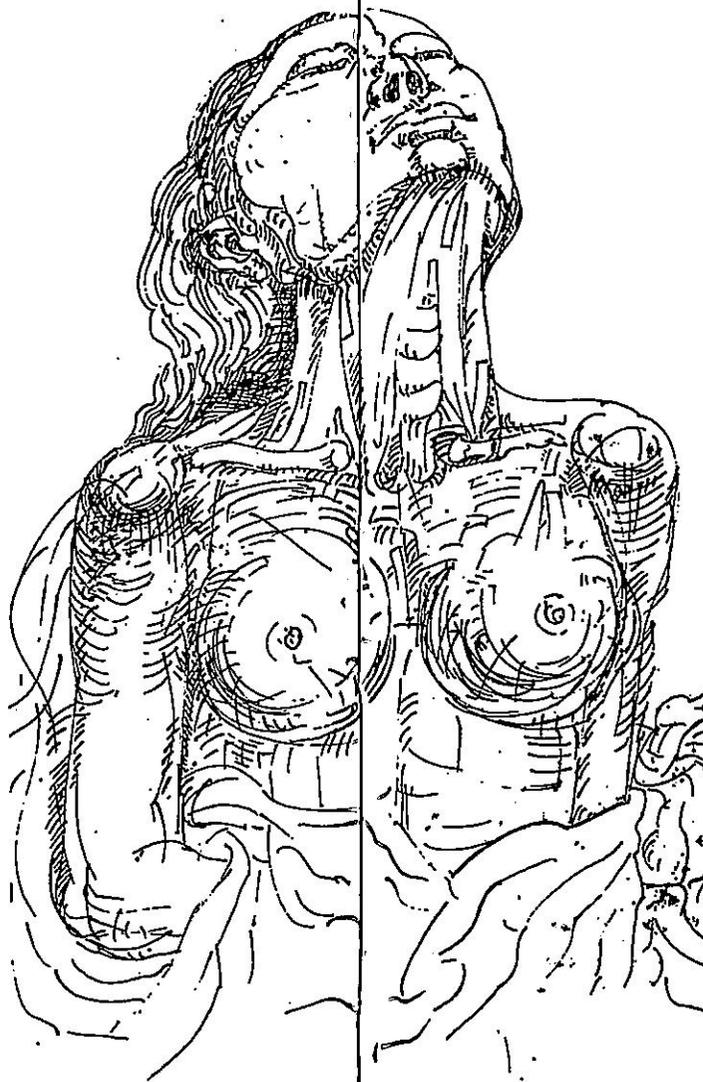
Esto es, seguramente, aspiración y logro de la inteligencia. (Por algo la invocaba Juan Ramón Jiménez en *Eternidades*.) Inteligencia musa, inteligencia que canta además de pensar. Materia radiante, se proyecta en muchas direcciones y en las formas que en cada momento le convienen: el lenguaje, su

lenguaje se hará figurativo cuando le convenga; en el caso de Guillén tenderá a la univocidad más que a la ambigüedad, movilizándose una y otra vez contra lo nebuloso y lo vago. El ser sabe sus posibilidades y sus limitaciones («Yo ajustado a mis límites»), pero sabe también, se sabe, capaz de trascenderlas, «en cierto sentido», conforme declara *El argumento de la obra*.

Temas como los de la lucidez mental, la pura contemplación y la conciencia de ser, especialmente este último, siendo esencialmente abstractos —y sobre el adverbio recae el acento— pueden ser objeto o pre-texto de un texto que los presente en formas sensibles. La Eternidad, por ejemplo, está guilleneana —y quizá unánimemente— en la plenitud del momento, y mientras lo vivamos plenamente nos sentiremos instalados en ella. La fugacidad del instante se resuelve en la maravillosa sensación de estar vivos, todavía y siempre. Mientras hay vida, hay eternidad.

Sucede que la poesía de lo absoluto no se escribe partiendo de la idea de lo absoluto. (La poesía no se hace con ideas, gran verdad, aun si Mallarmé no se la hubiera transmitido a Degas.) Se escribe partiendo de intuiciones que en el texto son imágenes, imágenes, entre otras cosas, de la creación inteligente. ¿Cómo separar inteligencia y sensualidad? ¿De quién, de dónde proceden los datos impulsores de la creación? Pienso, luego siento; siento, luego pienso. ¿Hay vida sin pensamiento? Las preguntas revelan su sesgo retórico, su virtud incitante, su posible mala fe, también.

La inteligencia tiene misterios, como el corazón razones. Completando, no contradiciendo a Pascal, lo dijo Eugenio d'Ors: el corazón tiene razones que la razón no conoce. Y Guillén:



Misterio perfecto,
Perfección del círculo,
Círculo del circo
Secreto del cielo.

Círculo perfecto, el poema: palabra hecha recinto en que su sentido es otro, esfera de resonancias en que el lector cautivo se siente libre, empujado por la poesía a un más allá en que descubre accesibles territorios hasta entonces cerrados. El tiempo mismo se hace espacio, poético y vital: «El otoño: isla/ de perfil estricto.» Espacio, se dirá luego, vibrante. Vibrante —creo yo— porque en él, en la apretada geometría del verso, la conciencia crea más que transcribe las relaciones de armonía a que apasionadamente (con pasión intelectual tanto como cordial) tiende. Creada en el poema, la armonía existe, y conseguida sin «trance místico». Guillén lo ha declarado al afirmar la normalidad de la experiencia creadora. Quizá porque lo que solía llamarse inspiración es, entre otras cosas, coordinación.

La pasión guilleneana por el orden —poético— es de raíz claramente intelectual. A los desórdenes de la enumeración caótica y a los excesos del onirismo, opone la rigurosa y para mí reconfortante estructura de *Cántico*. El mundo puede ser maremagnum o debatirse en él, pero del caos y la turbulencia renace purificado en la verdad total del poema: círculo cerrado de la vida a la muerte, para volver a empezar.

En la correspondencia entre Henry James y Robert Louis Stevenson se insiste en la función ordenadora del arte. Así es, precisamente. El poema estabiliza lo inestable, eterniza el instante, junta esencia y existencia, armoniza los contrarios reduciendo la oposición a diversidad. Y es la inteligencia, operando por selección y discriminación quien

lo consigue, reflector que ilumina y vuelve la luz sobre las palabras para que sean cabalmente lo que deben ser. No sé de libro en que con tanta hermosura la palabra se haya hecho luz al hacerse canto, como *Cántico*. Por habérselo dado y por así ayudarnos a entender el mundo y a vivir la vida, yo le digo, una vez más a Jorge Guillén: gracias.

EL POETA Y LA GUERRA CIVIL^(*)(1)

JOAQUIN CASALDUERO

Galdós ha dado forma a la historia de casi todo nuestro siglo XIX. Baroja y Valle-Inclán le han seguido en el propósito con su muy distinta y propia visión. Aquél limitándose a la guerra carlista; el autor de la *Sonata de invierno*, de *Comedias bárbaras*, de la *Farsa y licencia* ha abarcado hasta la Dictadura y, siempre estilista, ha logrado la máxima expresión en *Martes de carnaval* (1898-1923) (2). Unamuno hizo de la guerra civil del siglo pasado el tema de una de sus personales novelas. ¿Quién hubiera podido predecir que el autor de *Cántico* continuaría esta cadena; que sería no ya un eslabón más, sino un eslabón esencial? El desastre de 1936-39 ha hecho que la historia de España volviera de nuevo al cauce universal. Así, ha producido copiosa literatura: novela, teatro, poesía,

(*) Agradezco al Sr. Director de la Hispanic Review el permiso para reimprimir este artículo que salió en abril de 1971.

(1) En torno al libro de Jorge Guillén, *Guirnalda civil* [Cambridge [Massachusetts]: Halty Ferguson, 1970], 33 pp. El libro, pulcramente editado, escaparía a toda objeción si no fuera por el formato, para mí gusto de tamaño desproporcionado, aunque la página no resulte mal. El libro se compone de dos partes, «Guirnalda civil» y «Arte rupestre». La primera de 11 poesías, la segunda de 14. Hay edición española, *Aire nuestro IV y Otros poemas* (Barcelona, Barral Editores, 1979).

(2) Compárese la escena valleinclinésca de Alfonso XIII en la estación (*La hija del capitán*) con la de Isabel II (*La de los tristes destinos*). Compárese también cómo han proyectado la figura y el período isabelino ambos autores.